AÑO VII
N.º 285

# LA ALBORADA

Tiraje de este N.º
7.500

PERIÓDICO ILUSTRADO
SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES:
CARLOS F. MUÑOZ
MANUEL MEDINA BETANCORT

ADMINISTRADOR:
AGUSTIN SALOM

DIBUJANTES:
ORESTES BAROFFIO
A. B. VICO Y HAGET

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Agosto 30 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5




Doctor Julio Herrera y Obes

NOTA: En el próximo número continuará esta galería con el retrato del señor Setembrino Pereda, propagandista de la causa anti-clerical.

zosa voz y sin tratar ya de ocultar la terrible emoción, que experimentaba, tartamudeó:

—¿Y no sabe usted dónde está?

—No, hermana, jamás he vuelto á tener noticias de él.

Entonces la condesa, arrodillándose á los pies de la desgraciada esposa, le tomó las manos y mientras se la cubría con apasionados besos, le dijo:

—¡Tranquilícese! señora, ¡Dios es justo, ya verá como permite que regrese su esposo para que salve á su hijo!

Y añadiendo después algunas palabras de consuelo, cuando vió más tranquila á Leonor, la obligó á retirarse á su cuarto.

### CAPÍTULO XLI

Aquella noche, á instancias también de la hermana, Leonor se retiró á su aposento, quedándose la condesa sola velando al enfermo. Pero la señora Ridal no pudo dormir ni un momento. Preocupada con la imposibilidad en que se hallaba de complacer á su hijo, martirizábase al buscar en lo más profundo del pensamiento el medio por el que pudiera llamar á Lionel. Pero todo fué en vano, nada consiguió, y cuando á la mañana siguiente salía de sus habitaciones, llevaba impreso en el semblante el cansancio físico y moral que su atribulado espíritu había experimentado.

Su primera visita fué para Guillermito, y luego que supo por sor María, que el niño relativamente había pasado bien la noche, se dirigió al cuarto del señor Gordon, con el propósito de rogarle que le ayudara para llamar á Lionel.

Conocía el carácter de don Guillermo. Sabía que desde que su marido la abandonó el pobre viejo lo odiaba con todas las fuerzas de su alma; pero al mismo tiempo, no olvidaba que era tanto lo que la quería, que nunca le había negado el menor de sus deseos. ¡Cómo hubiera podido ser que ahora le negara su ayuda, cuando la solicitaba para salvar á su hijo! Sin embargo, Leonor, sin saber por qué, sentía miedo al pensar iba á decir á su padre que deseaba llamar á su esposo; y el estado especial de su ánimo, unido al temor que le inspiraba el tener que hablar á don Guillermo, turbaron tanto á la joven, que alarmado aquél al observar la palidez que cubría el semblante de su hija, salió á su encuentro preguntándole con viveza:

—¿Qué tienes, Leonor? ¿Estás enferma?

—No, padre, contestó la joven esforzándose por aparecer tranquila, vengo á consultarte.

—Bien, habla, ¿qué deseas? interrumpió el anciano.

—Deseo hablarte de Guillermito. ¡El pobre niño no hace otra cosa que llamar á su padre!

Leonor hablaba con rapidez, como persona que teniendo que solventar un asunto desagradable, desea cuanto antes salir del paso.

—Sor María, continuó la joven esposa, cree que el niño se salvará si conseguimos hacer venir á su padre, y al mismo tiempo dice que los vehementes deseos que la criaturita demuestra por verlo, pueden acabar con él.

—Y tú, ¿qué opinas? preguntó don Guillermo que no comprendía lo que iba á decir su hija.

—Creo lo mismo que la hermana, respondió Leonor con timidez; es más, estoy segura que si Lionel viniera, Guillermito se curaría en seguida.

—Lionel, dijo el anciano perdiendo la calma, es el hombre más miserable y más...

El señor Gordon iba á lanzar una verdadera tempestad de calificativos contra su yerno, pero Leonor le puso una de sus manos sobre los labios y con mucho cariño y respeto, le dijo:

—Papá. ¡Por Dios! Te olvidas de que es mi marido, y que además se trata de salvar la vida de tu nieto.

—¿Y qué es lo que quieres? preguntó el propietario, sin acabar de comprender lo que deseaba su hija.

—Quiero llamar á Lionel, repuso la joven con valentía, y deseo que me ayudes.

—¡Yo! exclamó el pobre anciano horrorizado, ¡ayudarte yo á buscar á ese infame!.. ¡oh!.. y he de verme en la necesidad de llamar al hombre que tan vilmente ha procedido contigo!

Y las facciones de don Guillermo se contrajeron á causa de la ira que experimentaba; pero cuando vió que las lágrimas asomaban á los ojos de Leonor, procurando contener su cólera añadió:

—¿Cree también sor María que debemos llamarlo?

—Sobre eso, murmuró Leonor sollozando, jamás ha manifestado su opinión; sólo dice que la presencia del padre salvará al hijo.

Don Guillermo pareció reflexionar, mientras Leonor, llena de angustia, esperaba impaciente la contestación de su padre. Mortificaba á éste la idea de llamar á Lionel. Los sufrimientos que experimentó su hija, á quien quería entrañablemente, despertaron en su corazón un odio inextinguible hacia el hombre que la había torturado; pero su hija, á quien tanto amaba, le pedía ayuda y no podía negársela. Al fin, levantó la cabeza y mirándolo fijamente, profirió:

—Estoy listo á ayudarte, Leonor; pero ¿cómo quieres que le avisemos? ¿sabes acaso dónde se encuentra? No veo medio de ponernos en comunicación con él.

—He pensado uno, dijo vivamente la joven; podemos escribir á sus banqueros, éstos tal vez sepan...

—Es verdad; no se me había ocurrido, contestó el propietario, que ya tranquilo, sólo pensaba en el medio de complacer á su hija.

Contra la voluntad de don Guillermo y de acuerdo con los deseos de Leonor, deseos que ella misma no se atrevía á confesarse, la joven con trémula mano, escribió las siguientes líneas:

«Al señor Lionel Ridad: Guillermito está gravemente enfermo.

«Quiere ver á su padre. ¿Podrá venir á verlo?

«L. R.»

Y cuando Leonor acabó de escribir, sus ojos no veían. En su abnegación, la pobre madre llegaba á olvidarse de sí propia, y aunque ya hacía varios días que sintiera los primeros ataques de la fiebre, tuvo cuidado de ocultarlo.

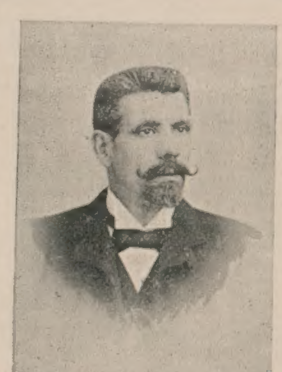
*(Continuará).*

# ZAPATERO DE PRESIDENTES

## UN POCO DE PODOLOGÍA

## LO QUE "CALZAN" SUS EXCELENCIAS

Imagínense ustedes un catalán alto, de rostro enjuto adornado con bigote y perilla grises, pero algo maltratado por la viruela, un catalán bastante «cerrado», como todo buen hijo de la altiva ciudad condal; ubíquenlo entre estantes repletos de calzado de todas formas, clases y tamaños, y tendrán la figura de don Antonio Xalambrí, uno de los mejores artistas en su género que alberga esta muy noble y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago.



Por asunto relacionado con su oficio, lo visitamos esta mañana en sus dominios de la lezna y del cerote, dominios situados en la calle 25 de Mayo, casi esquina á la de Solís, y esa visita nos dió ocasión para saber de sus labios una cosa curiosa: que él, Antonio Xalambrí, es el zapatero señalado desde hace treinta años por el destino para proveer de calzado á todos los presidentes de esta República.

Picó nuestra atención el diablejo de la curiosidad, y no quisimos desperdiciar la ocasión para obtener algunos datos acerca de los gustos y aficiones de los presidentes en la cuestión calzado.

Y empezamos á acribillar á preguntas á Xalambrí. El buen catalán se mostró reservado al principio, considerando que sus indiscreciones podían ser perjudiciales al secreto que su profesión exige, pero tanto y tanto insistimos, que al fin el hombre se decidió á darle á la sin hueso.

El primer Presidente de la República que se calzó en su casa fué Latorre, y desde entonces á la fecha, no ha habido primer gobernante que no se haya hecho tomar la medida allí. Y lo más curioso del caso, es que también ha calzado Xalambrí á todos los candidatos presidenciales, siendo única excepción á la regla don Eduardo Mac-Eachen.

El coronel Latorre gastaba generalmente botín de charol con elástico, de la forma que en lenguaje zapateril se llama de «recorte». Los tacos á la francesa, y de una altura excepcional. Calzaba 43 puntos.

El general Santos no tenía un gusto fijo y usaba ya botines de charol con elásticos, ya con botones, prefiriendo, sin embargo, estos últimos, con taco también á la francesa. Calzaba 42 puntos.

El general Tajes, cuyo pie alcanza al número 40, usaba durante su presidencia botín de recorte, elástico y de charol.

El doctor Julio Herrera y Obes invariablemente quería botines de charol con botones, calzando el número 41.

Idiarte Borda era uno de los más exigentes en calzar. Gustaba sobremanera llevar zapatos de charol, usando tan solo de vez en cuando botín elástico. Su número de puntos era el 42.

Pero en exigencias el que ha llevado el «record» ha sido el señor Cuestas. Siempre ha gastado botín de charol á la «madrileña», con taco á la francesa, número 39. Siempre pedía á Xalambrí que le hiciera calzado liviano como una pluma, rezongando terriblemente cada vez que notaba la más pequeña de las incomodidades.

El actual Presidente también tiene á Xalambrí por proveedor. No es muy exigente en cuanto á clase y forma de calzado. Quiere únicamente botines cómodos y desprecia por consiguiente los tacos á la francesa. Lleva botín á la inglesa, unas veces de cuero de búfalo y otras de charol, pero en uno y otro caso siempre con botones. Su elevada talla haría suponer á cualquiera que posee un pie monumental... y efectivamente es así: calza el 45, número que quizás no le va en zaga al del famoso pie del político español Aguilera, de quien dice la fama que es uno de los hombres dotados de más sólidos cimientos, como puede dar fe de ello la maldición gitana que el escritor festivo Melitón González pone en boca de cierto personaje de zarzuela: «Mal haya te coja un toro y te pise después Aguilera».

Maese Xalambrí ha sabido y sabe, pues, donde «les aprieta el zapato, á todos nuestros gobernantes.

Lo que parece ignorar es cuál de ellos fué el que con más maestría supo ponerse las botas.

Y á averiguarlo no se ha metido, porque considera que esos son asuntos botá...nicos.

*(De «La Razón», Marzo 4 de 1903).*

**A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.**


Administrador: AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

18 de Julio, 194 1.er piso

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

**Teléfono "Cooperativa" número 615**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | | |
|---|---|---|---|
| Por mes | ps. 0,50 | Número suelto (atrasado) | ps. 0,30 |
| Por semestre adelantado | » 3 00 | Por un año adelantado | » 5.00 |
| Número suelto (los sábados y domingos) | » 0 10 | Exterior. Por año adelantado | » 7.00 |
| » » (de la semana) | » 0,20 | | |


## NOTA ADMINISTRATIVA

**Los Agentes deben girar los saldos mensuales antes del 5 de cada mes siguiente**

*A los Sres. Agentes*, se les ruega tengan á bien chancelar sus deudas hasta el 31 de Julio ppdo. A la vez se les pide den cuenta inmediatamente de los cromos vendidos, devolviendo los sobrantes.

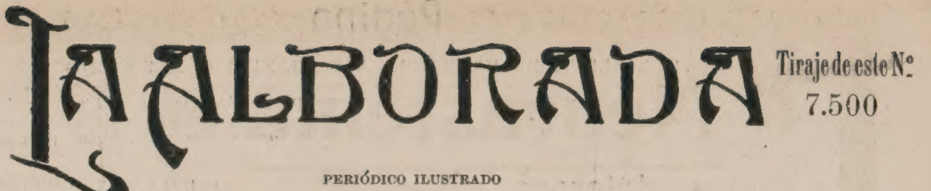
*A los Sres. Suscritores*, también se les ruega chancelen las cuentas que se les ha enviado y que no echen en olvido este pedido.

*A los Sres.* que devuelven ejemplares se les ruega que cuando lo hagan pongan dentro del ejemplar, simplemente el nombre y dirección.

*Agosto 23 de 1903.*

LA ADMINISTRACIÓN.


AÑO VII N.º 285



Tiraje de este N.º 7.500

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

REDACTORES: CARLOS F. MUÑOZ, MANUEL MEDINA BETANCORT — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM — DIBUJANTES: ORESTES BAROFFIO, A. B. VICO Y HAGET

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Agosto 30 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5




El general Gregorio Castro.—Fotografía tomada después de su enfermedad

# El general Gregorio Castro

SU RESTABLECIMIENTO

Este viejo veterano de nuestras guerras, hace algún tiempo cayó enfermo gravemente, lo que hizo temer un fatal desenlace. Pero su constitución física, aun bastante fuerte á pesar de los muchos años y de los achaques que traen los malos días y las malas noches de las campañas de guerra,—¡y vaya que este apreciado militar los ha tenido!—le han hecho resistir heroicamente sus fatales vencimientos, y hoy como ayer, ha sabido y ha podido luchar y vencer con denuedo, ayer en los campos de batalla, hoy en la batalla de la vida.

El aprecio y la veneración que se tiene conquistadas en las filas de su partido político y fuera de él, lo mismo que en la ciudad del Salto, donde reside, hizo que todos sintieran una sincera alegría al saberse que el viejo general había pasado el difícil Rubicón de su última enfermedad con toda felicidad.

La fotografía que publicamos ha sido tomada hace poco, algunos días después de levantarse del lecho sano y salvo.

# El general Menotti Garibaldi

SU FALLECIMIENTO

El telégrafo comunicó en la pasada semana la noticia del fallecimiento en Roma del general Menotti Garibaldi, hijo del general republicano José Garibaldi, bastante conocido en nuestra historia.

El extinto era nacido en Río Grande, y cuenta desde edad temprana una brillante foja de servicios militares prestados á la patria de su padre y á Francia en distintas acciones de guerra. Los galones se los había conquistado uno á uno en el campo de batalla.

Después de terminada la guerra franco-prusiana, Menotti Garibaldi se dedicó á la política.

Fué varias veces diputado del partido republicano, que patrocinaron Imbriani y Bovio, y la muerte lo sorprende ahora, diputado también, y miembro del Consejo Comunal de Roma.

De los tres hijos del general José Garibaldi, sólo queda ahora nuestro compatriota Ricciotti, pues Teresa, como se recordará, falleció no hace mucho tiempo en Italia.

Los funerales celebrados en Italia á la muerte de Menotti, han sido imponentísimos.



El general Menotti Garibaldi, † en Roma el 22 del corriente

# Página

DEL ÁLBUM DE LA SEÑORITA MARIANITA GÓMEZ CIBILS

(A nuestro pedido se nos ha facilitado los siguientes pensamientos vertidos en el «Album» de la distinguida señorita Marianita Gómez Cibils. Otros que tenemos saldrán en el próximo número).

## La sombra dolorosa

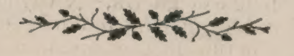
A Marianita Gómez Cibils, admirativamente.

Gemían los rebaños. Los caminos
llenábanse de lúgubres cortejos;
una conjoga de holocaustos viejos
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos,
evocabas los símbolos perplejos,
hierática, perdiéndote á lo lejos
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano,
me hablaban con suprema confidencia
los mudos apretones de tu mano,
manchó la soñadora transparencia
de la tarde infinita el tren lejano,
aullando de dolor hacia la ausencia.

JULIO HERRERA Y REISSIG.



## Enigma

Como un ave dolorida
que gimiera reclinada sobre el ala,
inclinaba con desidia su cabeza sobre el [hombro
abatida por los duelos
que tocaban en su mente á funerala.

Con promesas ofrecidas
en las piras de mis férvidos amores
y con ósculos ungidos con los óleos del [consuelo,
intenté alejar las sombras
que arrojaran en su frente los dolores.
. . . . . . . . . . . . . . .
Cual dos gotas irisadas
que resbalan por la pana de albo lirio,
por el raso amarillento de sus mórbidas [mejillas
resbalaron dos diamantes:
igneos hijos de su tétrico martirio.

Y cual notas desmayadas
en que mueren los temblores de un *piano*
en su pecho, templo oscuro de lo triste [de sus penas
murmuraron los suspiros
todo el duelo silencioso de su arcano
. . . . . . . . . . . . . . .
Ni el temor á mis enojos,
ni la ciencia desplegada por mi ruego,
arrancaron el secreto de la causa de su [llanto.
En su pecho gemebundo
parecía que extinguido estaba el fuego.

Abrumada por los duelos
que tocaban en su mente á funerala,
inclinaba con desidia su cabeza sobre el [hombro,
como un ave dolorida
que gimiera reclinada sobre el ala.

JUAN JOSÉ ILLA MORENO.



*Lux negra, lux divina, lux que alegra.*
DARÍO.

Era invierno.—La estación de los tedios [opacos,
sin luz
la estación que con brumas envuelve del [cielo
el azul.

Era invierno.—Aquel tiempo de grises [saraos,
aquel
en que matan su *spleen* las hermosas bai- [lando
el minué.

Era invierno.—Flotaba en los aires un [tenue
vapor,
el vapor de las tardes del norte, sin vida,
sin sol.

Me miraste.—Tus negras pupilas ardieron
en tí,
y mi tedio y mi *spleen* se alejaron tem- [blando
de mí.

HÉCTOR MIRANDA.

* * *

## Brindis

A la heráldica María Ana Gómez Cibils.

Brindo: por tu suntuosa cabellera,
por tu enlucido rostro de princesa,
por tus ojos de mística quimera,
por los ojos que cuando miran besan.

Por la sonrisa excelsa de tu boca
que descubre tus pálidos marfiles,
por la línea de tu nariz, que evoca
á Fidias y á sus mágicos buriles.

Por tus cejas, por tus pestañas blondas,
por tu elegancia esbelta de palmera,
por tu frente de soñaciones hondas
por tu pueril edad de primavera.

Brindo por tus románticos ideales,
por los ensueños que tu mente acoge,
por la suave esbeltez de tus modales
y por el aura que tus labios toque.

ERNESTO L. DE LA CARRERAS.






## Burbujas de salón

Iba yo en tranvía. A mi frente, un par de esas deliciosas ingenuas sociales, de esas mujeres indispensables en los salones y en las fiestas de esta corte de aristocracias populares y de brillos oropelescos,—entretenían sus ligerezas espirituales comentando la factura femenina de la última reunión, en casa de cualquiera, del opulento comerciante de charque para exportación, ó del distinguido diplomático X ó Z, como dicen los almibarados cronistas de la vida mundana.

Hablaba, y reían, todo á la vez, ligero, á borbotones, precipitando las frases, subrayando con acentos de quejosa viola palabras de dos caras, secreteando á media voz gironcillos de historietas ajenas, mujeriles tal vez, en una fiebre de chismografía detallada, minuciosa, aprendida por herencia, por vocación y por influencia de ambiente en muchos años de vida de salón, donde el bien mentir es una dote de los dioses y la verdad una inconveniencia de mal criados y peor aprendidos.

Eran dos burbujas rutilantes de la *crême* montevideana. Por ellas hablaba todo su *petit monde*. Yo les observaba curiosamente; á la verdad que interesan á los *extraños* á su ambiente, estas exóticas libélulas que no saben más que ser frívolas y mariposas que se pasan la vida quemándose las alas. Una sobre todo era la más parladora. Hasta mí llegaba su charla á retazos, cortada, como breves corrientes de aire, como murmullos de muchedumbre lejana, como reacciones de hervores que bullen. Yo cogía al vuelo alguna palabra, un retazo de alguna agudeza, un andrajo de seda arrancado de alguna falda de mujer, en fin, venía á ser como un pobre cuzco social á quien le daban á comer aquellas galantes reyezuelas pedacitos de huesos. Debía tener la que raudaba su prosa, la aljaba de su sátira llena de dardos. Debía haber en ella una veterana escuela de malicia, hermanada á una sátira de veneno y miel, que tiene por acero la fina palabra y por arco los arcos de unos labios rosados que se impulsan con la fuerza de un antojo y se ponen en guardia con una sonrisa. Eso debía haber. Porque á cada instante reverenciaba su adorable cabecita de neurasténica coquetuela y gateaba en la orejita vecina el secreto de un picaresco detalle, algo que no se debía decir, pero que se podía oir á medias. Y al cabo de cada confesión había para este pobre observador una miraba á rabo de ojo. Veinte veces acercó el secreto de sus labios, al secreto de las menudas orejitas de su amiga. Y veinte veces la concesión de su media mirada se encontraba con la mía. Ella pensó en un nuevo esclavo, en un nuevo icólatra de su soberanía de diosa menor, en una nueva víctima de su triunfal dignidad de mujer exquisita, en un nuevo sacerdote de su templo deslumbrante donde hay un altar que siempre está sin dios porque es altar de mariposa. De seguro me había creído un hermano social suyo, un afín de su nadería de mujer, un salta-charquillos, uno de esos perejiles que *boulevardean* á su alrededor toda la vida haciéndole una corte que no tiene más resultado que un desdén y una esperanza indefinida.

Y castigaba la insistencia de mi mirada, con la atención insignificante de un segundo. A veces remangaba el pareado de sus labios en el bostezo de un desprecio. Y yo embebido en observarla, primero por curiosidad, después por un interés de atracción—(porque la verdad, después de todo, dan el *hatchis* al más sajón) llegué á pensar en si yo la pudiese querer....

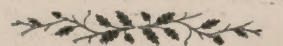
—Son tan adorables estas personitas de los cuentos de hadas....! ¡Saben decir tan bien! pensaba yo entusiasmado en una terneza de rendición, cuando *ella*, la «adorable personita de los cuentos de hadas», la que «sabía decir tan bien», á raíz de un cuchicheo mutuo, exclamó estrepitosamente con una gran carcajada:

—No será.... tan ponedora....!

¿Qué?

Hubo dentro de mí, algo así como un derrumbe....

JUAN DE LA CALLE.

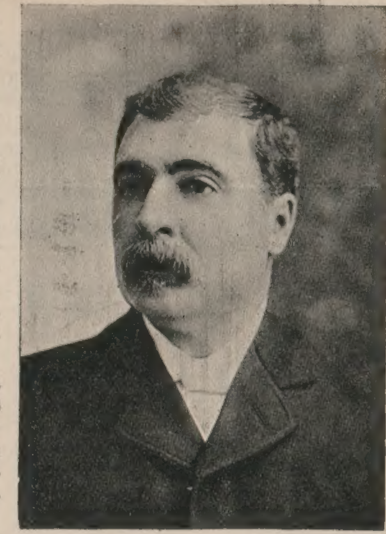


# En honor del coronel Jerez

En la noche del miércoles se le ofreció un banquete en la Rotisserie Lanata, al jefe político de la Capital, coronel Juan Bernassa y Jerez, con motivo de cumplir años la fundación por aquel jefe de la Academia General Militar y por haberlo el gobierno ascendido á coronel efectivo. Ofrecían el homenaje de cariño los alumnos de la Escuela en aquel entonces y los numerosos amigos que en la actualidad cuenta el apreciable jefe de policía entre nosotros.

A la mesa, puesta en forma de herradura en uno de los amplios salones de la Rotisserie, se sentaron cerca de cien comensales, excusándose algunos otros de asistir por imposibilidades de última hora.

Al sentarse á la mesa, el coronel Robido, presidente de la comisión, ordenó militar-



Coronel Juan Bernassa y Jerez, Jefe Político y de Policía de la Capital

nel Gregorio Lamas, director de la Academia G. Militar, el señor Juan Carlos Blanco Acevedo, el mayor Adolfo Delgado, el capitán Vicente Magallanes, los tenientes José R. Usera y Pedro Onetti, el mayor Guillermo Lyons y el coronel Robido. Este último, como los demas oradores, formuló votos por la salud del anfitrión y por su mejoramiento de la carrera militar.

El coronel Jerez hizo después uso de la palabra, agradeciendo las manifestaciones de que era objeto, teniendo un recuerdo para los fundadores de la hoy Academia G. Militar y sus principales colaboradores en la tarea del mejoramiento de la misma. El coronel Jerez terminó pidiendo que se pusieran de pie todos los asistentes en honor del Ejército y del Presidente de la Re-




El banquete en lo de Lanata — *Nocturna de Fillat y C.ª*

mente al comandante Fabregat desempeñara el cometido que se le había confiado, de ofrecer el banquete al coronel Jerez, del que hizo historia retrospectiva sobre su actuación como militar. Elogió su conducta como director de la Escuela Militar, la cual, dijo, le debe su fundación y muchos de sus principales adelantos. Concluyó haciendo votos por la salud del coronel Jerez y por las instituciones.

Al destaparse el champange hablaron el coro-

pública, señor don José Batlle y Ordóñez.

Al retirarse los concurrentes que acompañaron al coronel Jerez hasta la Jefatura, firmaron un artístico pergamino, obra de nuestro dibujante Vico y Haget y obsequiado por el administrador de esta revista, señor Agustín Salom.

Una reproducción fotográfica de dicho pergamino aparecerá en el próximo número.

# El secreto de la condesa



Tendida en su cómoda chaisselongue y con las cejas delicadas, que parecían trazadas por un artista japonés en la superficie tersa de su frente de seda, ligeramente unidas por una mueca de contrariedad, la condesa de Cuatro-Villas, la deliciosa condesita Esperanza, contemplaba con sus ojos de color de acero pálido, un ventrudo jarrón de Sajonia, lleno de pequeñísimos y fragantes lirios del valle, que campeaba en la mesita del centro en aquel vulgarísimo cuarto del hotel.

Había llegado el día de abandonar aquel tranquilo pueblo, perdido durante nueve meses del año entre las nieves de la montaña. Pasado el mes de Octubre, los bañistas huían en todas direcciones y el gran establecimiento de aguas cerraba sus puertas hasta el siguiente otoño, pues desaparecían con los helados aquilones las propiedades benéficas de las fuentes termales, y las pulmonías imperaban en aquel valle de salud. Casi nadie quedaba en la gran fonda, poco antes poblada y bulliciosa, y aquella mañana, su complaciente esposo, un primo suyo que podía ser también su abuelo, con quien la había casado hacía cuatro años y cuando apenas ella contaba quince, para volver á reconstruir la fortuna y á redorar los blasones de la casa de Cuatro-Villas á que ambos pertenecían, le había dicho:

—Sin réplica alguna te preparas para esta tarde y esta misma noche tomamos el rápido de París y llegamos allá á tiempo para complacer á nuestra amiga Paulina, concurriendo á la apertura de la caza en su castillo. Estas aguas, que me han regenerado el hígado, á tí, que no las has bebido que yo sepa, te han hecho el efecto de las aguas del Leteo y te has olvidado de la linda escopeta niquelada y del costume ultra chic cuya cuenta acaba de pasarme Redfern. Yo no puedo olvidar estas cosas, porque ayer mismo he tenido que aflojar un cheque de seis mil francos por ese respecto. Reclamo, pues, que justifiques ese gasto y seas siempre la bella entre las bellas para orgullo de tu viejo chocho y desesperación de los mocosos que te siguen á todas partes... menos á este paraíso terrenal de los que han hambre de soledad. Anoche se ha marchado mi único contendor de ajedrez. Esto me decide á que nos marchemos hoy mismo.

¿Cómo contrariar al excelente anciano, en su única y justificada exigencia? ¿De qué argumentos valerse ni qué encantos encontrarle al pueblecito y al hotel vacíos, que justificasen el abandono de las grandes partidas de caza, á las cuales ambos habían sido siempre tan aficionados? Por más que la condesita se devanaba los sesos, no encontraba un pretexto suficientemente serio, viable, que ofrecer, no ya á su marido, sino á sí misma.

Joven, bonita, reina de la moda, gracias á un presupuesto jamás discutido siquiera, que hacía que para ella no tuviesen hora ocupada Worth ó Doucet, Esperanza era la desesperación de todas sus amigas y la esperanza de todos sus amigos. Su esposo la otorgaba una confianza cuyos límites fijaba ella misma, y sus adoradores, que eran todos cuantos galanes la conocían, aspiraban á que eligiese un Cirineo al confiado Cuatro Villas. Ninguno podía vanagloriarse de haber logrado siquiera una promesa de la sonriente pero irreductible beldad, que pasaba sus noches en los bailes y sus tardes en las carreras, visitas y garden-parties sin menoscabo de su virtud.

Por eso, cuando pensaba en el motivo que la había traído á ser la última huésped del balneario, la joven se ruborizaba y contemplaba, entre enojada y sorprendida el ventrudo jarrón de Sajonia y su perfumado contenido.

La primera vez que ocupó con su esposo un puesto en la mesa redonda, al saludar á las personas que se encontraban ya en el comedor, su mirada de mujer curiosa se cruzó con la de un joven que ocupaba el asiento opuesto al suyo y á quien pudo contemplar á su antojo, pues, con exquisito tacto miró hacia otra parte, sin demostrar esa admiración chocante con que la mayoría de los mortales masculinos se cree obligada á festejar á toda dama hermosa. Esperanza, qué estaba muy acostumbrada á este obsequio y, fuerza es decirlo, lo consideraba de justicia y con agrado lo recibía, se fijó por lo mismo en aquel sujeto, resultando de este examen que le pareció bastante bien. Amén de un cultísimo cambio de miradas, el almuerzo pasó sin mayor novedad.

A la hora de la comida, el asiento del vecino estaba vacío. Esperanza lo notó y se enfadó consiga misma; ¿qué le importaban á ella las horas de comida de aquel individuo? y antes de que se le hubiese disipado el disgusto, apareció el causante en traje de ceremonia, severo, impecable y con un manojillo de lirios del valle en la amplia solapa del frac. A su respetuosa inclinación contestó ella con un altanero movimiento de su graciosa cabecita de que nadie tomó nota, pues los unos comían como buenos dispépticos, es decir, entusiastamente, y los otros, como gentes sanas que van á las aguas á remojar á algún pariente ó por ir á cualquier parte. El beneficiado, que saludaba con los ojos bajos, tampoco lo notó.

La conversación se hizo general y el joven habló con mucho tino sobre diversos asuntos. Cuando se habló de las flores del país, la condesa se declaró apasionada por los lirios del valle, sin que el poseedor del ramito aprovechase tan brillante ocasión de pasar á mayores. Esperanza se levantó de la mesa con un principio de jaqueca, regañó á su esposo porque pedía una segunda taza de café y acabó por echarlo del cuarto bajo pretexto de que olía mal una soberbia regalía de á cuatro pesetas que se fumaba de sobremesa y ella había soportado gustosa toda su vida. Aquella noche durmió mal y apenas coloreaba el alba las cimas lejanas de las montañas que rodeaban el balneario, cuando saltó del lecho y se asomó al balcón y ¡oh sorpresa! lo encontró tapizado de blancos y fragantes cálices, empresa nada difícil, si se considera que ocupaba una habitación del primer piso y que las ventanas que daban al piso bajo formaban una excelente escala para la realización de este propósito.

Y la condesa Esperanza, que había pasado una mala noche, porque no la habían regalado un pobre ramito de lirios, pasó una mañana todavía más agravante, indignada con aquella invasión de minúsculas campanillas de nieve, para las cuales tuvo que comprar un jarrón en que cupiesen todas.

Y aquella mañana dijo la condesa una primera mentira á su esposo y por primera vez tuvo que ruborizarse ante su camarera al decirle con su vocecita firme de gran señora:

—Isabel, esas flores las has comprado tú, ¿sabes?

—Por supuesto que sí, contestó con la mirada la pícara muchacha, mirada que estuvo á pique de causar una catástrofe, pues la pobre Esperanza se sintió tentada de darla un par de mojicones y arrojarla á la calle con lirios, jarrón, intriga estúpida y todo, cosa que no realizó por no escandalizar el hotel y porque... porque francamente, por primera vez en su vida, no sabía ella darse cuenta de lo que la estaba sucediendo.

Y pasaron los días, y todas las mañanas encontró en su balcón la olorosa ofrenda y supo que su vecino, que por casualidad llevaba todas las tardes un manojito de lirios en la solapa del frac, era un escritor distinguido, original y... soltero, que poseía una casa en el pueblo y comía en el hotel durante la temporada para gozar de la sociedad de los bañistas.

Y aquella reina de los salones, que otorgaba como una limosna un vals á los más reputados tenorios del gran mundo, cuando comprendió que había que complacer á su marido y abandonar aquel rincón olvidado donde su corazón había despertado de su letágico sueño, sintió que sus grandes pupilas de color de acero se anublaban y le pareció que todos los grandes infortunios bíblicos, históricos y hasta novelescos, eran humo de paja comparados con la necesidad de abandonar aquel adocenado cuarto de hotel y aquel aroma de lirios que flotaba en la atmósfera y rozaba sus labios como muda caricia de ideal y respetuosa adoración!

—

Siempre bella, siempre elegante, la condesa Esperanza siguió paseando su altanera indiferencia por los salones, matando con una mirada entre compasiva y burlona y una sonrisa de incredulidad los capullos de amor que hacía nacer con sus encantos.

Cuando regresaba á su palacio, cansada de los halagos y los placeres, cuando junto con las galas y los joyas se había despojado de la sonrisa eterna que reclama la buena sociedad de los que están obligados á oir las vaciedades del noventa y cuatro por ciento de las personas que la componen, la joven, sola ya en su nido de raso y encajes, sacaba de un secreto de su escritorio de laca una cajita que contenía un manojo de lirios marchitos y un periódico bastante arrugado donde leía entre otras cosas, lo que sigue:

«La nieve de los años en la frente respetable de un anciano, la límpida transparencia de un alma pura en tus dulces pupilas grises, son armiño y cristal que un soplo empañaría, y es por eso que mis ojos rehuyen los tuyos, y es por eso que mi labio, que siempre recordará tu nombre bendiciéndolo y murmurándolo como un símbolo, jamás tendrá para tus oídos una palabra de un amor que hoy es una culpa, pero que mañana, cuando tú seas libre, será la aureola boreal de dos almas que han sabido esperar la suprema consagración de un ideal purísimo y blanco, blanco como esos lirios que son los mensajeros de mi ultra-terrenal adoración».

Y entre asistir á bailes y comedias y leer el referido diario que cada día se arrugaba más, presentando aquí y allá manchas por las líquidas perlas que rodaban por las aterciopeladas mejillas de la dama, se pasaron un par de años, al cabo de los cuales, en una tarde de septiembre, el primo-marido, que hacía la digestión en su fumoir, pasó á mejor vida, «como un pajarito» (según su ayuda de cámara).

Pasadas las tres semanas requeridas por la estricta decencia y la necesidad de hacer una media docena de trajes de luto, la viudita tomó el tren rápido y se plantó en el balneario donde tuvimos la honra de hacer tan encantador conocimiento.



Llegó en la noche y se hizo servir la comida en su cuarto. Ya á los postres, entró majestuosamente el dueño de la casa, llevando el ventrudo jarrón de Sajonia, lleno ¡oh dicha! de lirios del valle.

A la viudita le dió el corazón un repique de misa mayor. El propietario, encantado de su efecto, se cuadró respetuosamente. La condesa, viendo que no le comunicaba mensaje alguno, fijó en él sus ojos grises que eran dos signos de interrogación en forma de estrellas:

—¿Falta algo á la señora condesa?

—... No.

—Como recuerdo que la gustaban tanto, me he permitido ofrecerla la bienvenida con esas florecitas...

La joven se inclinó sobre el plato para disimular su desencanto. Su interlocutor, acostumbrado á los modales de las grandes señoras, esperó tranquilamente que ella hablase:

—¿Cómo estamos de huéspedes?

—Muy bien. Está el duque de Santa Tecla con toda su familia...

—Conozco la lista del hotel. ¿Qué tal en el pueblo?

—Poca gente. Los de aquí se van precisamente durante la temporada...

—¿El poeta Arturo López? El acento de la condesita lo hubiera envidiado el mejor actor al pronunciar con glacial indiferencia este nombre adorado.

—¿Ese? No sabía yo que era amigo de la señora. Se casó con la hija del boticario, abandonó las musas por las píldoras y el cerato y ahora ha heredado la botica y dicen que le va bien...

. . . . . . . . . . . . . . .

Hasta la fecha no ha logrado explicarse el digno propietario del Hotel de los Baños por qué causa se marchó en el primer tren de la mañana, tan misteriosamente como había venido, la bella viudita. Pero es lo cierto que ésta, que se casó poco después con un príncipe alemán, rubio como una espiga de trigo y pobre como un ratón de iglesia, odia de muerte á las modestas campañillas de Mayo, y cuando su mayordomo pretende usarlas para adornar su mesa, dice con mucho énfasis:

—De esos lirios no hago uso. Esa es la flor de los poetas ramplones.

S. BARCELÓ.

Caracas, 1903.

---

# Bohemia

A Bonifacino.



Las campanas del reloj de la catedral, en roncos y rumorosos golpazos, daban las cuatro de la mañana.

—¡Oh, sí! Hoy te quiero más que al mundo, princesa mía, decía entre languideces de ensueño, Ernesto, que, sintiendo las caricias tibias de su adorada Mimí, seguía entusiasmado la corriente de una interesante conversación.

—¡El mundo! decía ella, ¿qué vale el mundo sin la bohemia, fango amable—pero fango al fin—donde nos revolcamos los que sentimos el placer agrio de la mental vida, horno donde nos sentimos inflamar por la *superior* chispa, los que sentimos hondo desprecio hacia el *ficticio* júbilo en que vegetan los insulsos mercaderes de la sociedad?

—Sigue, lujuriosa cantora.

—¿No gozas tú, acaso, en tu celda solitaria, donde has engendrado los preciosos y sentimentales hijos de tu corazón, tus poemas, tus amarillos versos de poeta chino; donde tu Mimí te mimó y sabe embriagarte con sus suspiros y sus alientos quemantes de boca enamorada y sus amores todos?

—Sigue, impúdica sagrada.

—¿No eres tú más feliz dentro esta habitación donde con vertiginoso ardor has recorrido el camino fecundo de tu deseo, donde has fabricado con rítmicas estrofas tus caprichosos kioskos japoneses, donde has tejido con hilos de luz los brillantes cálices de tus fulgentes siemprevivas, donde has cantado á la tristeza de los rayos de la luna y te ha inspirado el *aristocrático* burbujeo del *champagne*, donde has vivido la vida de un anhelo místico, y tus aspiraciones de celeste gloria vas alcanzando al fin?

Déjame hablar, esclava de mi tiránica alma. Es que yo quiero el esplendor de los salones para que mi espíritu se deleite en él, para amarlo, para gozarlo, para que la fibra misteriosa que mantiene mi interior lujo espiritual, vibre con más potencialidad que nunca, sacudida por esa dulce belleza *mal empleada*, y para que tú, que eres pura luz, pura armonía, pura vida, pasees tu deliciosa carne pálida entre la floresta artística y te envidien las estatuas, y te saluden las flores, y te quieran las figuras é imiten tu reina gracia las inmortales Dianas.

Para que tú, delicada sensitiva, me sirvas el alcohol y juntos en interminable y deliciosa orgía experimentemos la ventura del vino que es esencia de la felicidad según el Li-tai-pe genial.

—Y te coloque en un trono de marfil.

—Y mojes mi pluma en dorada tinta.

—Y te prepare el papel brillante.

—Y me sirvas el licor de los ensueños.

—Y nos durmamos en una onda de voluptuosidad.

—Y nuestras almas locas sufran la locura divina de los placeres eternos.

¡Verlaine, Verlaine!

Sólo se sintió el murmullo simpático de musicales besos.

¡Acaban de dar las cinco!

Afuera empezaban á sentirse las suaves caricias de la aurora, que surgía á la manera de esperanza de entre lo invisible y lo negro.

¡La borrachera dormía!

Agosto 1093.

VICENTE MARTINEZ.

## Teatro Uruguayo

El director de la compañía, señor Manuel de la Haza

Indudablemente, de la compañía que ha actuado hasta hace poco en San Felipe bajo el patronato de la «Asociación Teatro Uruguayo», el alma de ella, dándole un bien existir en el tiempo que ella ha actuado, ha sido su director el señor Manuel de la Haza. Gracias á sus loables esfuerzos, el elemento artístico de la compañía, reclutado entre los actores nacionales y que en general demostró ser algo nuevo en en cuestiones de escenario, pudo presentarse en las diversas obras que se ofrecieron al público, en un conjunto discretamente armónico. A más, el señor Haza, que entre paréntesis, y en honor á la verdad, no ha tenido como luz de sus primeros días la luz de nuestro sol, sino el de la ardiente España,—á más, decimos, el señor Haza, es un actor en toda la extensión de la palabra, que ha caracterizado acabadamente en la escena de San Felipe, los tipos y personajes principales de los trabajos nacionales que se han representado. Ello solo demuestra lo que vale como artista. Poder un extraño á nuestras típicas costumbres, asimilarse un medio ambiente que no es el suyo, «vestirse» de otra alma que no es la de su suelo natal, verdaderamente que tiene que ser actor de ley. Otro de los artistas de la susodicha compañía que también se ha distinguido, es la señora González, esposa del señor Haza.



La artista señora González

## Las carreras del 25

EL GANADOR DEL CLÁSICO «INDEPENDENCIA»

El lucido papel desempeñado por «Bruma» y la victoria de «Chulo» en el premio clásico «Independencia», de 1,600 metros de tiro en las últimas carreras del 25, han sido objeto en toda esta semana de interesantes comentarios en los círculos sportivos. La primera porque demostró ser un animal de clase, pues solo los que son de esta condición se sostienen y corren en la forma que lo hizo ella; y el segundo, porque sin cederle un ápice á la que fué su compañera de cabaña, demostró no solo poseer grandes ligerezas sino también gran fondo. ¡Es hijo de «Júpiter» y basta!



«Chulo», ganador del premio clásico «Independencia» por «Júpiter» y «Pobrecita», de la Ecurie Clover.

El dividendo que dió «Chulo» fué de 8.72 y el de «Bruma», como segunda, fué de 4.36.

Si se impone una felicitación al propietario del Ecurie Clover, también le alcanza á Merigi, propietario de «Bruma», lo mismo que al señor Jorge Pacheco, criador de ambos animales, que son buenos en grado superlativo.

Lamentamos que por falta de espacio no hayamos podido dar la crónica completa que nos había remitido nuestro cronista sportivo.

# El 25 de Agosto en Montevideo

La conmemoración de la fecha patria—el 25 de Agosto—fué en nuestra ciudad una elocuente demostración de lo que los hijos de esta tierra veneran los faustos acontecimientos del pasado que les dieron cuna libre y bandera propia. En todas partes hubo fiestas populares, en todas partes el juramento de libertad de los prohombres de la Florida fué recordado con infinita alegría. El gobierno, como es costumbre en todos los años, se adhirió dignamente á estas fiestas.



El 25 de Agosto en la escuela de tercer grado número 1, dirigida por la señorita Aurelia Viera. *Fot. de Santini Hnos.*

Donó 600 pesos á la benemérita sociedad «Cristóbal Colón» para que ésta hiciera á sus pobres un reparto extraordinario el que llegó á ascender á doce mil kilos de comestibles, amén de ropas, calzado y otros menesteres. Al Asilo de Expósitos y Huérfanos entregó 200 pesos para que los infelices asilados pudieran pasar un día de franca alegría en medio á sus juguetes, que se les regalaba en nombre de la patria.

Los edificios públicos, lo mismo que las calles 18 de Julio y Sarandí, fueron bonitamente iluminados á luz eléctrica. Destacábase sobre todo, la nueva iluminación de la Casa de Gobierno, distribuída con profusión y gusto. En la Plaza Independencia hubieron vistosos fuegos artificiales que fueron presenciados por un numerosísimo pueblo, congregado de todas partes de la ciudad.

La iluminación de la Casa de Gobierno. *Fot. de «La Alborada».*

Por la mañana, en la Metropolitana se celebró un *Tedeum* oficiado por las primeras dignidades eclesiásticas. A la misma hora más ó menos en todas las escuelas públicas se realizaron pequeñas fiestas cívicas, en las que después de cantar el himno patrio, se pronunciaron en unas, alocuciones alusivas á la fecha, y en otras, los alumnos desempeñaron interesantes números de música y canto. De una de ellas, de la de la escuela de tercer grado número 1, que dirige la inteligente señorita Aurelia Viera, informa una fotografía que adjuntamos á esta crónica general.

En la Capitanía del Puerto se sirvió á la marinería de servicio y á la del Resguardo una cena á las seis de la tarde, á la que los comensales hicieron los honores debidos en una franca alegría.



La comida de los marineros de la Capitanía y del Resguardo. *Fot. de Santini Hnos.*

Las fiestas patrias alcanzaron también para los soldados que se hallaban francos el 25. El gobierno les obsequió con una noche de teatro en nuestro Casino.

Las bandas de música de los batallones de guarnición y la de la Escuela de Artes concurrieron por la mañana frente á la morada presidencial, las que después del himno nacional tocaron algunas selectas partituras musicales.

Los hermanos Colombo, puesteros del mercado del Puerto, se asociaron también á los festejos con una distribución á los pobres de 5,000 botifarras y 5,000 chorizos.

# La joya

Al erudito crítico literario Eduardo Ferreira.



Aquella mañanita de amor que solía pasearme por la calle Sarandí, me llenaba de deliciosa ventura.

Era un capricho de la coquetería de París. Bucles negros, esponjados y rizosos, nariz fina, boca pequeña de rojo violento.

Su cabecita divina llenaba á mi espíritu de una impresión de exquisita impecabilidad.

La buscaba en el conjunto de las presentes, en las apresuradas compradoras del ajuar. Escrutaba á lo lejos todas las fisonomías, intentando adivinar la vivacidad de sus ojos chispeantes, el rojo violento de su boca pequeñita.

Hallándola experimentaba la sensación de la delicia palpable. La buscaba los ojos y en un instante la concebía tal como era: una cláusula de la gloria.

Al principio, era yo el adivino de aquella adolescencia encantadora, quien buscó la caricia de sus pupilas, luego mis manifestaciones la pusieron en guardia y concluyó por buscarme.

Suave y pura se abrió á mi codicia de poeta para que yo la leyera.

La casualidad en el encuentro nos llevaba al combate de las miradas; luego se sucedió la constancia con su empecinamiento en la contemplación de la cosa adquirida.

Y ella se dejó adivinar por mí; llegando á convencerse de que yo la sabía á fondo, exactamente, más que ella á sí misma.

Su capricho juvenil se dejó seducir por mi fervorosa voluntad, y nos hablamos.

Fué así, inconscientemente, breve, una tarde, una graciosa tarde de noviembre. Al principio, cuando respetuoso la saludé para hablarla, Carlota, que así se llamaba, se embargó de timidez y yo vi en sus mejillas precipitarse el rojo de esa vergüenza de la debilidad de la amada, cien veces divina por lo pura.

Expuse sus méritos, reproduje el encanto de sus facciones, la deliciosa ventura de su influencia; ella sonreía, concebí su satisfacción en la graciosa comisura de sus labios.

—Usted, significó, me engaña, y aunque soy jovencita sé lo que son los hombres.

—... Ese es el juicio inicial de las mujeres, señorita; el hombre fundamentalmente es sano de corazón, las influencias sociales desvían sus sentimientos, pero en este caso creo que no habrá motivo para ello. Estoy convencido de que usted sabe el inmenso cariño que la profeso y la intensa satisfacción que me embarga al escuchar sus palabras.

—Lo he creído así... pero... como tengo mucho miedo que por primera vez, al amar, me equivoque...

—Destruya usted ese pesimismo. La sugestión de sus bellezas tendrían la virtud de transformar al que así pensara.

Y la acción pasó; se sucedieron encuentros en paseos, pero todo esto casi ignorado, tímidamente, temerosos de hacer violencia sobre aquel dulce encanto, al que temíamos una realidad desconsoladora.

Y el motivo era su padre. Hombre grave, fatídico, no concebía el amor conquistado á la ventura, no creía que la casualidad fuera un ambiente maravilloso que tantos resultados pródigos suele dar y ha dado.

Una tarjetita de Carlota recibida un sábado de noche me manifestaba lacónicamente: «Tenga cuidado con papá que es muy serio. Creo que sabe algo».

Esta deliciosa timidez infantil hízome que deseara la severidad paterna. «El viejo» como le llamaba mi pequeñita, pretendía de una rigidez elegante. Me llegó á conocer; al hallarme por casualidad cerca de su casa, me expiaba, seguíame, estudiaba los movimientos de mis manos, hasta puedo asegurar que descubrió por espiritismo la redacción de la tarjetita de su hija.

Cuando lo hallaba, cancerbero del «Club Uruguay» firme en su posición de elegante viudo, se hacía el inadvertido, desconocíame y tal era la rectitud de su fisonomía que en esos instantes jamás le conocí un movimiento en su cara.

II

La fe nos salvó de aquella emergencia paterna. Continuamos sigilosos, buscando los rincones de la casualidad para emanciparnos de la pesadez diaria. Eran aquellos minutos de fervorosa pasión, el desafío glorioso á la vejez prematura de la vida.

Disfrutamos de la hermosa lucidez del amor; nos precipitábamos á gozar la abstracción profunda de las miradas.

Burbugeantes, fluían á veces frases maravillosas en la boca de mi pequeña, dejándome asombrado.

Me solicitó un recuerdo.

Acepté el pedido como un tutelaje á su núbil coquetería.

Me fuí y esa misma tarde adiviné en una vitrina la maravilla de las joyas: una pepita de nácar con luminosas yedras de oro.

Y á la noche se la envié con un serrallo de rosas. Y fué el caso. Lo presenté como una acción refleja y luego me fué contado. Esa misma noche, «el viejo», idólatra de su severidad provocó la escena quizás absorbiendo el perfume de mis rosas. Imperante, dió un vuelco á su silencio y la criada mereció de sus recriminaciones las más severas frases.

Carlota, ignorante del caso, llegaba á la salita del conflicto, hechicera, sonriendo, una mañanita de amor idéntica á cuando la descubrí.

Fúlgida, preparada por mí para cualquier eventualidad; hábil, impelida por el temor dominó el drama y preparó la contestación.

Descuidada, mi joya relucía en sus manos.

Rápido, el padre adivinó la prueba delictuosa, quiso hablar en montón, fecundó en un minuto todos sus ingenios, pero débil como acusador sólo atinó á preguntar:

¿Carlota, qué es eso que tienes en la mano?

Mi pequeñita sintió palpitar vigorosamente su corazón, su cerebro le dió una idea y respondió:

Es un bombón, papá.

Y acompañando la acción á la frase, mi joya desapareció en el clavel abierto de su boca.

Al preguntarle después por mi recuerdo, se sonrojó de púrpura divina.

Eliseo Ricardo GÓMEZ.

---

# Evocación

Para La Alborada.

¡Venga febril el impalpable ensueño!
¡Venga incorpórea la visión fantástica!
Vengan trayendo el néctar del delirio
En opalinas, irisadas ánforas!

Vengan, sí, vengan mis ensueños leves,
Los de las vestes de brumosas gasas;
Los que en el oro de sus rizos nievan
Copos de orquídeas enfermizas, pálidas!

Vengan, sí, vengan mis visiones regias,
Las de las bocas de rubí y de llama,
Las que en las ondas negras de sus rizos
Tejen espumas de camelias blancas!

Vengan ahora mis fantasmas tétricos,
De ojos cansados como enfermas almas;
Los de las hondas, lívidas ojeras,
Plomizos labios y pesadas alas;
Los que sus frentes de márfil coronan
Con negras flores de una selva extraña!

. . . . . . . . . . . . . . . .

Venga, sí, venga el impalpable ensueño.
Venga, sí, venga la visión fantástica,
Vengan trayendo el néctar del delirio
En opalinas irisadas ánforas.

Vengan y empapen los resecos labios
En la ambrosía que Quimera escancia,
¡Arda la fiebre del delirio al choque
De una mirada de sus ojos ascuas!

Y entre las rojas llamas del incendio
Tienda su vuelo á lo irreal el alma,
Llegue febril al encantado reino
De Fantasía la divina maga!

Reino feliz donde se ignora el Tiempo,
Donde no alcanza la Verdad amarga;
Ni el que labra los surcos en los rostros,
Ni la que hunde sus garras en las almas!

Reino feliz donde los sueños tienen
Lago de luz para bañar sus alas,
Donde hay estrellas de fulgores negros,
Donde hay abismos de gargantas blancas!..

Reino feliz, en cuyos lagos de oro
Hundir quisiera ansiosamente mi alma,
Vivir allá la vagarosa vida
De los ensueños de impalpables alas,
Sin el espectro destructor del Tiempo,
Sin el fantasma eterno del mañana,
Sin que viniera la verdad impía
A arrebatarme de mi vida extraña,
Vida incorpórea, irrealizable, única,
Vida de ensueños, ilusión, fantasmas!

. . . . . . . . . . . . . . . .

Venga febril, el impalpable ensueño!
Venga incorpórea la visión fantástica,
Vengan trayendo el néctar del delirio
En opalinas, irisadas ánforas!
Vengan y empapen los resecos labios
En la ambrosía que Quimera escancia!

Delmira AGUSTINI.

1903.

---

# Mañana de abril

I

En el fondo azul del cielo
vaporosas nubes blancas;
el sol ya no quema, es tibio
como el beso de una pálida.

Caen las hojas fingiendo
mariposas desmayadas
y sólo cuelgan despojos
de nidos, entre las ramas.

Los pájaros tienen frío
y sobre las viejas tapias
al sol esponjan las plumas...
y se estremecen sus alas.



II

¿Recuerdas amada mía?
Recuerdas esa mañana
cuando juntos recorrimos
la alameda solitaria?

Con el rumor de las hojas
que el viento arremolinaba,
dulcemente confundíanse
tus amorosas palabras.

Y, como los pajarillos
bebiendo el sol en las tapias,
se estremecía mi espíritu
al calor de tus miradas.

M. MAGALLANES MOURE,
Chileno.

1903.

# El final de una historieta

LA CONDENA DE LOS HUMBERT-DAURIGNAC

En estos últimos días se ha estado ventilando ante la Corte de Assises de París el juicio que sobre el sensacional *affaire* de los millones escamoteados por los Humbert-Daurignac, les seguía á éstos la justicia francesa. Los debates que han tenido lugar entre acusadores, acusados, defensores y testigos, han durado varios días y han asumido proporciones de un interés tal, que en todo el mundo vino á estar latente una vez más esta novedosa historieta mundana.



Juan Emilio Bautista Daurignac



Pablo Luis Román Daurignac

Eugenio Federico Gastón Humbert

Maitre Labori, el juez aquel que se hizo famoso en la defensa de Dreyfus, el condenado de la Isla del Diablo, fué el que tuvo á cargo también la defensa de Teresa y Federico Humbert.

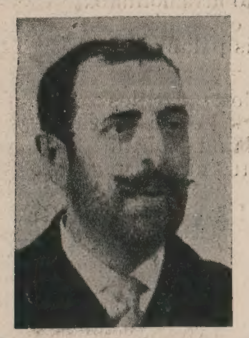
El curso del juicio fué un verdadero revolver de trapos sucios sacados al sol á ventilar un instante por acusados y acusadores. Y lo curioso es que de los «destapados» en la Corte de Assises hay muchos personajes de la política y de la banca francesa, que, como cualquier pobre diablo, tenían también sus misteriosos asuntillos, por cierto nada recomendables. Durante la audiencia Maire Hesse, defensor de Romain Daurignac, expuso que el acusado no había desempeñado nunca el papel de Crawfort y que tenía la plena convicción de que los Crawfort no eran imaginarios. Examinó los principales puntos de las declaraciones de los testigos de cargo y se esforzó en hacer aparecer como inocente á su defendido, pidiendo su absolución.



María Paulina Daurignac, Eva María Humbert y Teresa Daurignac en la Cárcel de Mujeres de Madrid



La familia Humbert-Daurignac en la escalera del Gobierno Civil Español



El inspector Caro que aprehendió á los Humbert en Madrid

Frederic, Romain y Emile se rehusaron á hablar, pero Terese Humbert, se levantó y dijo que siempre fué buena y honrada, que sufrió mucho durante su vida de luchas y que venció enormes dificultades en sus negocios. Manifestó que el suicidio del banquero Bernart causó su desgracia, pues sin avisar á su familia prestó á ese banquero fuertes sumas comprometiendo sus negocios. Insistió en evidenciar que ella pidió que se abriera la caja, pero al día siguiente el hijo de Crawfort se rehusó diciendo que su padre estaba en Madrid. Su fortuna nació en 1870 y aumentó mediante grandes y afortunadas operaciones.



Teresa Daurignac



Eva María Humbert



María Daurignac



Los policianos que guardaron la puerta de la casa donde se hallaban los Humbert



La puerta de calle del piso de los Humbert, sellada

La acusada se sentó.

El presidente del tribunal preguntó á Emilio Daurignac si conocía á Regnier, un misterioso personaje del cual se dice que ha aparecido en este asunto bajo el apellido de Crawfort.

Emilio contestó que no. Entonces Maitre Labori dijo que el acusado no conocía no solamente el nombre sinó también las demás circunstancias. Dirigiéndose luego á los jurados los exhortó á que absolvieran á los acusados.

El presidente del tribunal hizo en la última sesión, 258 preguntas á los jurados.

Después de una larga deliberación de la Corte de Assises, esta pronunció la sentencia. Ella condena á Therese Humbert y su esposo Federico Humbert, á cinco años de reclusión y 100 francos de multa.

Emilio y Roman Daurignac aparecen condenados á dos y tres años de prisión respectivamente.



La casa donde vivían los Humbert en Madrid

Los Humbert y los Daurignac se abrazaron después de oir la sentencia.

Therese Humbert será encerrada en la prisión de Rennes.

Federico Humbert será llevado á la cárcel de Melun.

Therese Humbert demuestra confianza y cree en la revisión del proceso, que ella dice será decretada muy en breve.

Los defensores quizás apelarán de esta sentencia

# Mercedaria

EL PUENTE DEL ARROYO PELADO

En la vecindad de la ciudad de Mercedes se inauguró últimamente un nuevo puente sobre el arroyo Pelado, necesidad que se hacía sentir desde mucho tiempo atrás, pues el tránsito por ese arroyo se hacía sumamente difícil.



Los concurrentes á la inauguración del puente

Fot. de nuestro corresponsal Pedro Hors

Asistieron á la inauguración del puente, el que se encontraba engalanado de banderas nacionales y extranjeras, el presidente de la Junta, señor Bernardino Chans; el Juez Letrado, doctor Luis María Gil; el Agente Fiscal, doctor Felippone; el ingeniero constructor, señor Delfino; los señores Soumastre (Juan, Pedro y Alberto), Yates Ferreira, Pedro Beltramo, Hounie (Pedro), Delfino, Hors, Nereo Bonay, Fermín Garrido, Antenor Sánchez, López de la Carrera, Cavalli, Pérez Vila, Pedrini, Tió, Caselli, Ramírez, Sifredi (Jorge y Antonio) y Lasso de la Vega.

Los concurrentes hicieron los honores debidos á un almuerzo servido en el mismo puente.




## Blanca Aurelia Marshall

Necesaria fuera la pluma de un ángel (si es que los ángeles escriben) para describir toda la delicadeza, toda la blancura, toda la luz condensada en ese rostro níveo y suave, en ese cuerpo diáfano y flexible, en esa alma celeste que se asoma bondadosa á dos pupilas claras y severas como dos lagos de ensueños luminosos.

Cuerpo blanco, alma blanca, nombre blanco, ¿puede pedirse mayor conjunto de alburas?

Blanca Marshall es un ser extraño, indefinible; todo en ella tiene algo de fantástico, de inmaterial, de celeste; sus cabellos son de una claridad, de un brillo sorprendentes, más que cabellos, dijéranse las irradiaciones de un sol de oro; sus ojos son dos océanos inmensos y profundos, pero tan extraordinariamente límpidos, que en su superficie puede leerse claramente todo lo que pasa en el fondo; su cuerpo es el cuerpo leve, impalpable, de una visión vaporosa; su alma es el alma sensible, delicada, de los serafines de albas y sedosas alas.

Señorita Blanca Aurelia Marshall

Hay en ella algo del cielo pálido y brumoso de la Inglaterra, algo del sol vivo y quemante del Mediodía, algo de la vaguedad propia á todo lo que proviene del país del ensueño, y mucho, muchísimo de ese reino desconocido, misterioso, que llamamos cielo.


María Cristina Gómez

## María Cristina Gómez

Figuraos un cuerpo escultural, de movimientos blandos y rítmicos de cisne majestuoso, una cabecita angélica de bucles áureos y sedosos; un semblante ideal, de palideces nacáreas, de suavidades liliales; dos fosforescentes ojos negros, inmensamente grandes, inmensamente hondos; una boca roja y sangrienta como un clavel de llama; dos manos leves y diáfanas como dos flores de alabastro rosa, y, salpicando el todo, una vivacidad chispeante de pajarillo nervioso, una gracia picaresca de diablillo juguetón y simpático. Y ahora, en presencia de tales atractivos, ¿no llamaréis bella, insuperablemente bella, á la mujer que ha merecido de Dios la gracia de poseerlos?

María Cristina Gómez es, innegablemente, una de esas bellezas poderosas que se imponen irresistiblemente, que tienen el maravilloso don de, al aparecer en sociedad, atraer á sí todas las pupilas asombradas, ansiosas de bañarse en el fulgor de sus encantos, como abejas sedientas de miel, como mariposas ávidas de luz.

Y en caso de no ser bella, bastaríale para atraer, la extraña fascinación de esa cabecita incomparable, de languideces suavísimas, de aristocracias principescas; jaula de oro donde baten nerviosamente sus alitas impalpables las avecillas sonrosadas de los ensueños!

*Joujou.*



N. B.—Habiéndose extraviado en la imprenta una parte de la silueta de María E. Vaz Ferreira, publicada en el número anterior, hubo necesidad de alargarla á última hora, encargándose de ese trabajo uno de los miembros de esta redacción; por lo tanto, la silueta sólo nos pertenece á medias; todo el principio hasta la frase «Como poetisa es ya muy conocida», es nuestro, el resto es debido á otra pluma bastante más experta que la de *Joujou.*

# El Fuego y el Agua

I

Amo el pálido fuego—EL HERMANO FUEGO—cuya lengua de oro dice terribles palabras; que brilla en la tierra y en el espacio; en las pupilas de los astros y en los cráteres abiertos en el aire como sangrientas bocas devoradoras...

Amo el fuego, espíritu sutil y profundo que da vida al universo; que alegra el hogar; que purifica lo que toca; que crea y destruye; que vibra en los objetos y en las cosas, y pone su ritmo cálido en la sangre de los héroes, en el cerebro de los pensadores y en el corazón de los poetas.

Amo el fuego, dulce en la mirada de las vírgenes y trágico sobre el horror de los incendios; pero siempre poderoso elemento que mueve las energías humanas, creador de los gérmenes y de los fecundos espasmos, alma de las caricias, padre de los besos!

Amo el fuego, tesoro de la juventud, gloria del día, bello y fúlgido en el esplendor de los ocasos escarlatas.

Amo el fuego, vencedor del hierro en el brasero de las traguas; resorte de maravillosas industrias; que corre por el mundo cual río de luz, y abrasa con su hálito los seres y las cosas.

Amo el fuego, flor de pudor y de castidad sobre las carnes mórbidas de las doncellas; que enrojece los ásperos rostros de los guerreros é impulsa á los hombres de hierro á la gloria ó á la muerte; y transforma en sagrada ceniza los cadáveres amados

Amo el pálido fuego cuya lengua de oro dice terribles palabras.

II

También amo á la HERMANA AGUA que en las noches lunares dice sus secretos en el surtidor; que tiene el alma cristalina; que es dulce y acerba; que se deshace en ondas melodiosas en los lagos azules y en los mares irritados se eleva en negras montañas á los altos cielos; que tiene una voz y una canción; que gime y llora y despeina su cabellera de espumas sobre las anchas playas.

Amo el agua que da vida á los seres y á las rosas y á todo lo que se estremece y palpita sobre la tierra; y que es también engendradora de la muerte.


¡No se mueva!

Amo el agua misteriosa, muerta en los estanques, en el silencio nocturno, á la sombra de los sauces: ó que dice, con su monótona lengua metálica, cosas tristes de melancolía y de pena.

Amo el agua vibrante y alegre al resbalar sobre los guijarros, en pleno mediodía; que se desprende de las cumbres de las rocas, formando luminosas cabelleras de plata: que refulge al sol y se pierde en los verdes boscajes como enorme serpiente; y que se derrama de los cielos obscuros para nutrir y dar vida á la tierra maternal.

Amo el agua que impulsa las fábricas colosales y ayuda al campesino en la ruda tarea de la siembra; que es incolora en el diáfano vaso, verde en el estanque poblado de lotos y de nenúfares; azul en la lejanía de los horizontes marinos.

Amo el agua, ya baje de las nubes en las noches de tormenta, ó en las claras mañanas tiemblen sus gotas como luminosos diamantes en los cálices de los lirios marmóreos.

Amo á la HERMANA AGUA—eterna vencedora del HERMANO FUEGO... Ella tiene una amargura divina cuando—al rudo impulso del dolor inmortal—sale por los ojos en una lluvia de lágrimas heladas.

FROILÁN TURCIOS.

## Los besos

¿Qué son los besos? Dos vidas;
¡ah! son dos almas unidas
que el mismo fuego consume;
vínculo estrecho de amores,
porque los labios son flores
y los besos su perfume!

GONÇALVES DIAS.
(Brasileño).

## El idiota

Como una bestia mansa el pobre idiota
trabaja, sin descanso, el día entero;
ora al rayo del sol, en el potrero;
ora en el huerto, donde el sol azota.

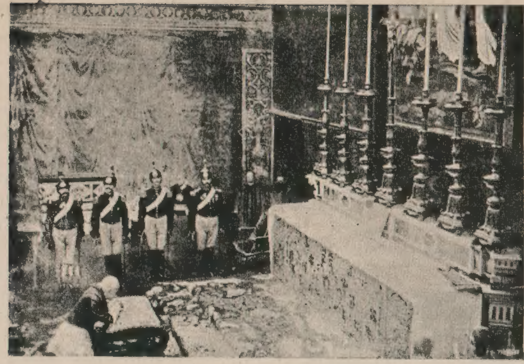
A veces deja á un lado la *picota*
y se extasía escuchando el vocinglero
melodioso cantar de algún jilguero,
que allá en lo espeso del boscaje brota.

Una chispa fugaz de inteligencia
brilla y muere en su estúpida mirada
donde tendió su velo la inconsciencia.

Burlador de su propia desventura,
rompe, luego, en imbécil carcajada,
mostrando al sol su blanca detadura.

M. MAGALLANES MOURE.
(Chileno).

## Ecos del Vaticano



La última oración de León XIII en la Capilla Sixtina



La postrer misa de León XIII

Las últimas revistas europeas que llegan hasta nosotros, continúan trayéndonos las póstumas noticias gráficas sobre los últimos días y la muerte de León XIII, que nosotros, en el deseo de completar acabadamente toda la abundante información que hemos venido dando sobre lo mismo de un tiempo á esta parte, hemos considerado de nuestro deber reproducir. Por lo tanto, adjunto á estas líneas ofrecemos á nuestros lectores las vistas más interesantes. La resonancia natural que traen sucesos como el de la muerte del papa León XIII perduran siempre mucho tiempo, de la que se hace justo eco la prensa, siempre deseosa de cumplimentar la justa curiosidad del público, que, en general, no tiene las facilidades que en todas partes le acuerdan al cuarto poder del Estado. Después de todo lo que se ha dicho referente á la elección por parte del cónclave de cardenales; reunido para ese motivo últimamente en el Vaticano, del papa sucesor José del Sarto, hoy Pío X, parecía que ya la actualidad de León XIII había desaparecido, muerto con su muerte. Pero el hecho no es así. Aún después de muchos días de cerrada su tumba, ha pasado su prestigiosa popularidad por encima del sustituto y su recuerdo venerable pone aún en fresca actualidad los últimos días de su vida, los rituales de la pomposa ceremonia de muerte que á su alta dignidad de Jefe de la Iglesia le correspondieron.

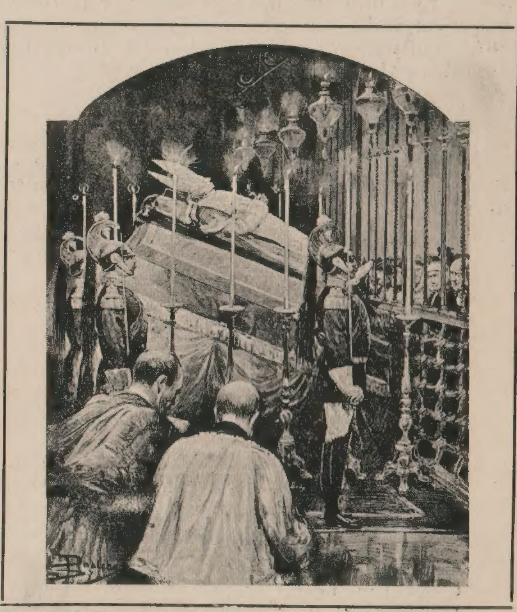
Nuestra información de hoy quizá no sea la última.



El cadáver de León XIII velado en la sala del trono



El camerlengo, cardenal Oreglia, constatando la muerte del Papa



Exposición del cadáver de León XIII en la capilla del Sacramento

POR ZAYAS ENRÍQUEZ

nada ni de nadie; sino á su hijo, á Julián, que era un niño desvalido y débil; y que para cumplir con los deberes sagrados que le imponían las circunstancias y que él aceptaba sin restricción alguna, era preciso trabajar asiduamente.

Fué, pues, á ver al cura del pueblo, viejo amigo de su tío, y le confió á Julián, como sirviente, á condición de que le enseñara todo lo que el sacerdote sabía. Además, Cenobio quedó comprometido á vestir y calzar al chico, y á pagar al cura lo que pudiese, á medida que fuese mejorando su posición, pues declaró que consideraba á Julián como si fuese su hijo.

Aceptado el pacto por el cura, Julián pasó á ser sucesivamente monaguillo, segundo sacristán y servidor del cura, con gran contentamiento del chico, quien pronto aprendió á rapar velas, á birlar hostias y á escurrir vinajeras.

Cenobio se fué á una hacienda cercana, y se acomodó de simple peón.

No servía para otra cosa.

## III

Así pasaron varios años.

Julián crecía y aprendía, ambas cosas por obra y gracia de la Naturaleza, y no porque él pusiera nada de su parte, puesto que era desganado en el comer, y desaplicado en el estudio.

En cambio tenía una de esas constituciones de acero que se mantienen por sí solas y á pesar de todo, y una memoria prodigiosa que se completaba con una facilidad de percepción sorprendente.

El cura se fué aficionando al muchacho, y trató de inclinarlo á la carrera eclesiástica. Pero Julián no oía de ese lado. Quería vivir libre, independiente, sin trabas, rico y considerado. Soñaba con la vida opulenta de los héroes de algunas novelas que había leído á hurtadillas de su benévolo protector, quien ya no tenía nada que enseñar á su discípulo, pues Julián estaba en aptitud de cantar misa, salvo el impedimento de la edad.

Cenobio veía á su primo de tarde en tarde, sin que por eso lo descuidase, pues atendía al compromiso contraído, de vestirlo y calzarlo, y pagaba la pensión del muchacho, con seis duros que entregaba religiosamente al cura, cada fin de mes.

## IV

Un día llegóse Cenobio á visitar á su primo, á su hijo adoptivo, y aprovechando la ausencia del preceptor, habló con él largamente y á corazón abierto.

—Vamos, Julián, le dijo, ya es tiempo de que pienses en tomar una carrera.

—Sí, Cenobio.

—El señor cura dice que sabes tanto como él, y que de ti depende que te ordenes de subdiácono y aún de diácono y presbítero.

—Pero yo no quiero ser sacerdote.

—Es buena profesión, Julián.

—Pero no me gusta.

—Si no te gusta, no hablemos más de eso, que si para todo se ha de tener vocación, más todavía se necesita para el sacerdocio. Si no has de cumplir como Dios manda, á otra cosa, que hace más daño un cura malo que cien herejes juntos.

—Eso mismo he pensado yo, Cenobio.

—Bueno. Tú tienes letras, dicen que eres listo, puedes escoger alguna carrera que te saque de nuestra esfera humilde. No has nacido para el trabajo rudo, como yo. Mira tus manos, parecen la de una mujer rica. No tienes fuerza para levantar un saco de trigo. Vamos, eres un *catrín*, como yo soy un ranchero. ¿Qué quieres ser: médico, licenciado ó ingeniero?

Julián se rascó la cabeza, perplejo.

Nunca se había planteado ese problema á sí mismo. Quería ser rico, pero sin trabajar, como había querido, y en parte logrado, ser instruído sin estudiar.

—Aperreado oficio es, Cenobio, el del médico. Tiene que levantarse á deshora, ir á donde lo llaman, andar con suciedades y hacer todas las cosas que no me gustan.

—Estudia para abogado.

—Es oficio de gente díscola, y en se él tiene la mala fe como virtud, y además hay demasiado abogados en el país, y constituyen una verdadera plaga, según dice el señor cura.

—Pues estudia para ingeniero.

—Ya sabes que tengo horror á los números y que nunca he podido hacer una cuenta de multiplicar sin equivocarme.

—Pues mira como te las compones, porque preciso es que tengas carrera. ¿Hay alguna que te guste.

—Sí.

—¿Cuál?

—La de hacendado, contestó Julián cínicamente, retirándose por prudencia, cual si temiera una explosión de parte del sesudo ranchero.

Mas, contra lo que temía el muchacho, Cenobio sonrió bondadosamente, contempló á Julián con el cariño de un padre que se recrea ante la gracia y el ingenio de un niño mimado, y el después de larga pausa, le dijo:

—Buen oficio es ese que dices.

—¿Verdad? insistió Julián por decir algo.

—Verdad que sí, y ya me figuraba yo que había de ser de tu agrado. Y como para ser hacendado lo primero que se necesita es tener hacienda . . .

—Ahí está el *quid*.

—¿Qué es eso del *quid*?

—Quiero decir que ahí está el *busilis*.

—¿Y eso del *busilis*?

—Vamos, que ahí está la dificultad.

—Pues eso es, prosiguió el ranchero, ahí está la dificultad, lo que se me ocurrió en español hace mucho tiempo; y sin andarme en latines puse manos á la obra.

—¿A qué obra? preguntó á su vez Julián que empezaba á no comprender el *latín* del ranchero.

—A la de la hacienda.

—¿Qué hacienda?

—A la que necesitas para ser hacendado.

—No comprendo.

—Pues hablo claro.

*(Continuará).*

(1) *Catrín*. Lechuguino.